

LA INMACULADA EN CALDERÓN

SEGUNDO GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Ya desde el alba de la historia, junto a la primera madre Eva, se vislumbra el claror de una mujer de nuestra estirpe, a la que dios llenó de gracia desde el primer instante. Desde el *Génesis* hasta la *Apocalipsis*. Ella se manifiesta como la Madre del Hijo de Dios, del Redentor, del Mesías, vencedor del mal, del pecado y de la muerte y restaurador de una naturaleza humana angustiada y transida de miserias.

Desde el nacimiento de Cristo hasta nuestros días, el pueblo fiel ha ido tejiendo una guirnalda de encomios, excelencias y bondades para esta Criatura, la más excelsa que pudiéramos imaginar. Todas estas prerrogativas basadas en la palabra de Dios explícita o implícitamente.

La Inmaculada Concepción de la Madre de Cristo es una de las más extraordinarias excelsitudes suyas, que van inherentes a su condición de Madre de Dios. Inmaculada y redimida preventivamente, gracias a los méritos infinitos de Jesucristo, Dios, su Hijo.

A mi humilde entender, el estallido más espléndido y sonoro lo constituyó la pléyade de teólogos, pintores y poetas de nuestro siglo de Oro, culminando en el siglo XVII; baste nombrar a Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Tirso de Molina y –sobre todo– Lope de Vega, Luis de Góngora y el autor del que ahora tratamos.

Claro que a toda esta eclosión dio lugar la teología anterior asumida a veces por el pueblo en mucho mayor y mejor grado que la podemos asumir hoy. Me parece ver, en mi imaginación, a los “mozos” cordobeses cantando en grupos y aporreando los conventos de los dominicos (su corriente teológica, basada en Santo Tomás, no era partidaria de la Inmaculada) y diciendo a voz en grito:

“Aunque lo niegue Molina
y los frailes de Regina,
con su Padre Provincial,
María fue concebida
sin pecado original.”

Todo este hervor, unido a los entusiasmos de las Universidades –particularmente las andaluzas– en sus justas, torneos espirituales, juramentos y propuestas, abocó el corazón del siglo XIX con tal ímpetu y profusión de razones humanas, cristianas, teológicas y místicas que obligó a S.S. Pío IX a promulgar el dogma de María Inmaculada, con la siguiente proclamación:

“La Bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su Concepción, por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del Género Humano”.

Entre tantos adalides del dogma de la Inmaculada, pienso que el eclesiástico Don Pedro Calderón de la Barca se gana a pulso uno de los primeros puestos. Juzgo innecesario el hacer una biografía suya por somera que sea. Más, estando apremiados por el tiempo en esta ocasión. Pero sí estimo necesario acentuar el aluvión de filosofía y teología que palpita en tantos miles de versos suyos. Como eximio literato, dramaturgo, todos lo conocemos. Son sin embargo los autores alemanes quienes más han profundizado en esta faceta excepcional de los autos sacramentales de Don Pedro Calderón de la Barca.

Todo el siglo XVII va iluminado por esta triple faceta filosófico-teológico-poética del gran dramaturgo. Los autos sacramentales admiraban a los villanos, encantaban al pueblo culto, animaban a los eruditos y convencían incluso a sus adversarios.

Escogemos hoy de entre todos ellos el de *La hidalga del Valle* insertando versos de alguna otra obra que complementan, iluminan y sombrean este admirable cuadro de la Inmaculada. De seguro que los excepcionales pintores coetáneos: Murillo, Zurbarán, Ribera, bebieron muchas ideas en tanta y tan definitiva poesía barroca.

LA HIDALGA DEL VALLE

Es un delicioso auto sacramental, que bien pudiera potenciarse en nuestro tiempo, de tanto embrollo, superficialidad e inconsistencia. En él podrían lucirse nuestros mejores representantes de la imagen, el sonido, la palabra y la dinámica más entretenida, iluminados con serena y sugestiva música.

La forma: lo material o mecánico consiste en un raudal inagotable de versos, rima, ritmo, cadencias, retruécanos y barroquismos que nos es placentero recordar. Todo ello concentrado en octosílabos –la mayoría– y en endecasílabos, la mayor parte asonantados, con deliciosas variaciones de cuartetas o serventesios que nos encantan.

– Lo esencial de esta forma está encarnado en los siguientes personajes:

La Culpa (con la mayor cantidad de versos; contrapuesta a la Gracia).

La Naturaleza (personaje muy principal, aunque no goce de tanta conversación).

La Gracia (contrapuesta a la Culpa).

El Placer (pertenece a la Naturaleza y abunda en el diálogo en octosílabos).

El Furor (pertenece a la Naturaleza y dialoga casi a partes iguales en octosílabos y endecasílabos).

Amor Divino (con escaso diálogo, siempre junto a la Gracia).

Job y David (participantes apesadumbrados y agobiados por la culpa, ínsita en su naturaleza humana).

Música (coro con preguntas, ritornellos y estribillos que aclaran y amenizan la obra).

FONDO DE ESTE AUTO SACRAMENTAL

Explicar, alabar, cantar, engrandecer a *La Hidalga del Valle*, figurada en una niña, que no es otra que la Santísima Virgen María, Inmaculada.

Calderón ya había resumido en unos versos la idea latente en el pueblo. Esta idea sobre la Inmaculada que el teólogo Duns Scotto (escocés del siglo XIII) concretó en la siguiente frase latina, referente a Dios: “potuit, voluit, ergo fecit”. Calderón la tradujo y adornó:

“¿Quiso y no pudo?, no es Dios;
¿pudo y no quiso?, no es Hijo;
Digan, pues, que pudo y quiso”.

Y continuaba: “y si pudo y quiso, lo hizo”. (Cristo Dios hizo a su Madre Inmaculada).

Calderón agota todos los recursos teológicos, poéticos, populares y los une con su fervor religioso y su amor a la Virgen, y hace con ello un cuadro, que a mi entender es una profecía patente y brillante de todos los últimos esfuerzos teológico-marianos hasta el último concilio.

Los teólogos marianos más avanzados, a uno de los cuales tuve venturosamente como maestro (P. Joaquín Alonso, claretiano) explican el dogma de la Inmaculada como:

La mujer: –sin mancha alguna de pecado, ni original ni personal.

– sin “débito”, es decir que nunca debió o pudo tener pecado, gracias a la redención preventiva de su Hijo, y por ser de una estirpe humana “sobrehumanizada y distinguida”. Esto podemos verlo en la magnífica loa a la Hidalga del Valle, que pone Calderón precisamente en labios de la Culpa, postrada a los pies de la Niña Inmaculada.

– más santa y maravillosa que cualquier creatura, incluso, más admirable que todos los santos y ángeles juntos, por haberla hecho Dios una estirpe singular.

Hecho estos breves preámbulos, que reluzcan ya los conceptos, expresiones y poesía de Calderón.

Comencemos por el retrato de la naturaleza humana, tan plagada de ignorancias, que obliga al cuerpo a clamar antes de su existencia (en el auto sacramental: *Pleito matrimonial del cuerpo y el alma*):

“Sin oír, hablar ni ver,
 en noche continua estoy;
 si nada antes de ser soy,
 ¿qué será después de ser?
 Mas no, no quiero saber,
 confusa naturaleza,
 ni ser quiero, que es tristeza
 a mi ser anticipada
 ver que acabe siendo nada
 ser que siendo nada empieza
 Mas ser quiero, que es error
 no ser, si en mi mano está
 pues peor no ser será
 que siendo ser lo peor;
 y tengo ya tanto amor
 al ser que espero tener,
 que, por ser tengo de hacer,
 juzgando a más penas que
 dejar ya de ser que no
 ser para dejar de ser”.

Estos versos conceptistas se nos antojan una charada filosófica, y, sin embargo, serían un auténtico corolario existencialista que nos afirma en nuestras vivencias, aunque sean defectuosas y angustiantes, pero que es mejor que el no poder tener vivencia ninguna.

A esta naturaleza mediocre y herida pertenecen todos los humanos pecadores, simbolizados aquí por David y Job: la culpa los ha invadido a todos:

“Villanos hijos de Adán,
 los que sois, los que habéis sido
 y habéis de ser para siempre
 en pecado concebidos”

Así comienza este funesto personaje la obra.

Y sigue:

“porque vean los mortales
 postrados hoy y rendidos
 que culpa y naturaleza,
 con dos afectos distintos
 en cualquiera concepción
 igualmente concurrimos”.

Y el paciente e impaciente Job: (mandando a la Culpa que escriba)

“... toma la congoja, el llanto,
 la miseria y el conflicto,

la desnudez, hambre y sed
que padezco; y sean malditos
la noche y día en que fui
en pecado concebido”.

Por su parte David reconoce la caída de la naturaleza humana, intercalando algunas frases alusivas proféticamente a la Virgen María, que permanecería intacta del mal común:

“... en iniquidades fui
engendrado, y concebido
fui de mi madre en pecado”.

De todos los males de la naturaleza humana liberó Cristo a los comprendidos en ella. Enviado del Padre, redimió con su vida, pasión y muerte a todos. Pero hubo alguien que perteneciendo a la naturaleza humana, fue la honra y gloria de ella, gracias a la redención preventiva de Cristo: fue María, su Madre. Veamos el gracioso y teológico diálogo entre el placer y la culpa:

PLACER
... quiero
pedirte que no te metas
en poner pleito a esta NIÑA,
en razón de su nobleza,
porque no saldrás con él”.

CULPA
Muy grande es vuestra simpleza
para hablar conmigo, pues
¿por qué no, si es ley severa
y general que a ninguna
humana criatura exceptas?

PLACER
Porque es criatura divina,
y no se entiende con ella.

CULPA
Humana es, pues se concibe
de humana naturaleza.

PLACER
Divina es, pues antes que
nazca, nace su belleza
bendita entre las mujeres.

CULPA

Humana es, pues que naciendo
dolor a su madre cuesta.

PLACER

Divina es, pues que por gacia
Dios de culpa la reserva.

CULPA

Humana es, pues que la llevan
a presentar en el templo
como a víctima y ofrenda.

PLACER

Divina es, pues es su vida
integridad y pureza.

CULPA

Humana es, puesto que esposo
le dan de su sangre mesma.

PLACER

Divina es, pues desposada,
su virginidad conserva.

CULPA

Humana es pues que concibe
dentro de sus entrañas mesmas.

PLACER

Divina es pues que concibiendo
virgen intacta se queda.

CULPA

Humana es pues que a su esposo
ya le da celos y penas.

PLACER

Divina es pues que le informa
un ángel de su inocencia.

CULPA

Humana es pues peregrina
va a los montes de Judea.

PLACER

Divina es, pues santifica
al Bautista su presencia.

CULPA

Humana es pues pare al hombre
en una casa desierta.

PLACER

Divina es, pues sin dolor
lo pare, y queda doncella.

CULPA

Humana es, pues los pastores
se duelen de su miseria.

PLACER

Divina es, pues que los reyes
la adoran y reverencian.

CULPA

Humana es, pues de ese parto
a purificarse llega.

PLACER

Divina es pues que lo hace
por cumplir con la obediencia.

CULPA

Humana es, pues huye a Egipto
temerosa de una fuerza.

PLACER

Divina es, pues que derriba
cuantos ídolos encuentra.

CULPA

Humana es, pues pierde al hijo
que es la cosa que más precia.

PLACER

Divina es, pues disputando
le halla las más doctas ciencias.

CULPA

Humana es, pues que le ve
prender y no le remedia.

PLACER

Divina es pues su pasión
la hace mártir de paciencia.

CULPA

Humana es pues que permite
que allí su sangre se vierta.

PLACER

Divina es, pues del pecado
redime al hombre con ella,
que es el mérito mayor
que es posible que merezca.

Por la gracia de Cristo Redentor, el hombre es redimido. Hay una lucha entre la culpa y la gracia para avasallar a la naturaleza. Al fin la gracia del Hijo de María Inmaculada triunfará, el placer se verá consolidado y purificado, el furor será sacado del precipicio, Job y David exultarán de gozo, y el Amor Divino coronará la obra y hará prorrumpir a la Gracia, entre cantos:

“Pues victoriosos nos vemos
con el eterno blasón
de esta Pura Concepción,
al cielo mil gracias demos.

AMOR

Himnos en su loor cantemos
por tal dicha y gloria tal.

MÚSICA

Esta NIÑA celestial,
de los cielos escogida,
es la sola concebida
sin pecado original.

Ya el Placer anteriormente lo había vislumbrado todo, y, exultante constestaba a la Música latina “Tota pulchra, amica mea;/ macula non est in te”:

PLACER

Toda eres hermosa, dice,
y en tí no hay mancha ninguna,
a fe de buena fortuna
bien dichosa y bien felice
ser aquella a quien predice
la canción misterio tanto
aquella a quien este canto

se dedica y bien perfecta
 pues el músico y poeta
 es el Espíritu Santo.

Y, aludiendo al día del nacimiento de esta NIÑA, continúa:

¿Qué trae consigo este día
 que todo el orbe es contento
 es música todo el viento,
 es todo el valle alegría,
 toda la tierra armonía,
 todas las nubes colores
 belleza todas las flores,
 risa todos los cristales,
 paz todos los animales
 todos los cielos favores?

En este ambiente de regocijo, la Culpa se atreve a llamar a una “tercera puerta” (las otras dos podrían ser la Naturaleza Caída y la Naturaleza Redimida) del jardín bellissimo e intacto que es la Madre del Redentor. pero todo se desploma sobre ella (la Culpa) y hace enmudecer a todos los poderes del mal, entre ellos el Furor, en cabeza. Entre paréntesis explica Calderón el entramado final:

(“La Culpa va a subir por una escalera, y ábrese la apariencia y baja por la tramoya la Hidalga, que lo hará una NIÑA, hasta ponerse encima de la Culpa, como se pinta”)

CULPA

Sobre mí se cae la casa;
 y aun el cielo sobre mí
 cae, que estas esferas altas
 todas sobre mí parece
 que se transforman y bajan
 desasidas de sus polos
 de sus ejes desquiciadas
 se deshacen, se desploman,
 se quiebran, se desencajan
 para que ponga esta Niña
 sobre mi cerviz sus plantas.

Y responde la NIÑA:

El privilegio que traes
 tú misma, es en esta causa
 contra mí; pues dice el mismo
 con misterosas palabras
 que habrá entre tí y la mujer

disensiones y asechanzas
 y que ella a poner vendrá
 los pies sobre tu garganta:
 ya se ha cumplido, pues piso
 tu frente, sin que tu rabia
 pueda atreverse a morderme,
 con ser víbora pisada
 porque en este inmenso valle
 de lágrimas, soy LA HIDALGA.

Y termina nuestro gran poeta con lo más sublime y depurado de su teología mariana: aquella que dice que ni si quiera “debió” María de entrar en la corriente infecta del pecado, aunque hubiera de ser redimida después.

Dice la música:

MÚSICA
 ¿Quién sabrá decirme, quién?
 por qué una sacra canción
 a esta Niña, nuestro bien,
 la llama vara de Aarón
 y no vara de Moisés?

Entre las respuestas de todos los porcentajes, es la Culpa la que más afina, derrotada ya totalmente por la Hidalga:

CULPA
 Aunque la vara eminente
 de Moisés, tan liberal,
 del contagio universal,
 liberó a la humana gente,
 fue convertida en serpiente,
 y la Serpiente no es bien
 que, aún por sombra, se la den.
 Y así, por ayor blasón,
 la llaman vara de Aarón
 y no vara de Moisés.

Don Pedro Calderón de la Barca termina convenciéndonos de que es un teólogo fino, un excelso poeta y un férvido creyente en la Immaculada Concepción de María; un devoto a toda prueba de la Santísima Madre de nuestro Redentor, a la cual nos invita a cantar: “Esta Niña celestial”...